

Cervantes, por ejemplo, consagra una trayectoria y una obra prácticamente consumada. Es el galardón que fija el canon de nuestros clásicos contemporáneos. Por su parte, el Premio Juan Rulfo de Guadalajara ha llevado adelante una política de rescate de algunas figuras injustamente olvidadas y ha ido llenando varias lagunas del canon cervantino con bastante acierto. Es evidente que el Rómulo Gallegos, como premio bienal de novela, limitado por su género y sus plazos, no tiene la misma libertad ni un marco tan amplio; pero no es menos cierto que tampoco ha sabido ofrecernos una lectura coherente de la novelística latinoamericana posterior al *boom*. Y es que, después de su momento de mayor brillo, entre los años sesenta y setenta, cuando fue el vivo reflejo de la hegemonía del movimiento, el certamen parece perder continuidad y consistencia, pues ni sigue en la misma línea de rigor ni es capaz de formular un nuevo credo estético. Entre el lanzamiento internacional de Fernando del Paso, el homenaje a Uslar Pietri o la resurrección de Mejía Vallejo y de Mempo Giardinelli, resulta francamente imposible elucidar el criterio que, en los ochenta y los noventa, debía regir la atribución de los laureles. Lo único obvio es que el Rómulo Gallegos, que fue el premio del *boom*, no lo será del *post-boom*. La lista que comienza con Vargas Llosa, García Márquez y Fuentes no se completa, por ejemplo, con Puig, Sarduy, Arenas,

Eltit o Pitol. Es verdad que los organizadores son sensibles a las críticas contra el creciente despiste de los fallos, pero, en vez de tratar de componer tribunales más idóneos e informados, susceptibles de comprender en su devenir la evolución de la novelística latinoamericana, reaccionan con una auténtica *fuite en avant*. Desafortunadamente, ni la atribución de la responsabilidad del concurso a la Fundación Celarg ni el cambio de la periodicidad, que pasa de cinco a dos años en 1986, ni los sucesivos ajustes de la recompensa traen más luces a unos veredictos que se hacen inconstantes, diversos y aleatorios. La falta de un perfil propio que encauce las discusiones de los jurados e informe sus decisiones, más allá del principio de la mejor novela, se va convirtiendo así en la invisible flaqueza que mina la coherencia del premio y explica, en buena medida, su situación actual. No es otro el fundamento de esa carta blanca que suelen arrogarse ciertos críticos en Caracas y que tiende a transformar al Rómulo Gallegos en una caja de sorpresas, a veces buenas, como la de Marías, y a veces malas, como la de Mastretta.

Dudo que un nuevo cambio de periodicidad o un nuevo aumento de la recompensa pueda resolver hoy los apremios de nuestro premio. Quizás el único aspecto positivo del triunfo de *Mal de amores* es que nos obliga a reflexionar sobre lo que muchos no queremos que el certamen siga siendo: a sa-

ber, una costosa operación de prestigio de la que sacan escaso provecho sus dadivosos promotores. Si de verdad se quiere detener esta infecunda deriva, será menester, pues, repensar la fórmula del Rómulo Gallegos, considerar cuál es el real aporte que representa para la literatura hispanoamericana y, por supuesto, cuidar con sumo es-

mero la composición del jurado. Tal vez a alguno haya que recordarle, en su momento, que en Venezuela, como en Brasil, en Colombia o en España, los premios literarios no sólo se otorgan, se entregan o se dan. También se merecen y, sobre todo, *se disciernen*.

Gustavo Guerrero

América en los libros

La ciudad de Is. Ensayos y notas de juventud, docencia y política educativa, Daniel Arango. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 603 págs.

Arango fue Ministro de Educación de Colombia en los años 60. La combinación de político y hombre de letras no carece de antecedentes en Hispanoamérica, al contrario: desde Sarmiento y Mitre llega al menos hasta Gallegos. La presente recopilación de escritos de Arango ostenta un predominio total de los temas literarios (y algo de arte en general y artes varias, como el cine y la zarzuela).

Entre esos temas predominan lo español y lo hispanoamericano, aunque no falten algunas incursiones en campos ajenos (Joyce, Claudel, Hesse, Stefan Zweig). Además de las notas de ocasión, publicadas o inéditas (generalmente intrascendentes), hay algunos estudios más o menos detalla-

dos entre los que cuentan «José Asunción Silva y el modernismo», «Porfirio Barba-Jacob» y «La noche como creación romántica», amén de un breve tratado sobre la «tragedia griega» de más de 80 páginas.

En general puede decirse que sobran artículos y sobran palabras; estas publicaciones pueden haber tenido sentido en su momento, si acaso, pero actualmente no son más que un testimonio de una época en que la crítica literaria adolecía de impresionismo, e incluso parecía de buen tono sobreabundar en retórica y acentuar el sentimiento del crítico, el cual, para colmo, disfrutaba a menudo tratando de hacer literatura él mismo... sin lograrlo necesariamente. Puede ser que los tres discursos pronunciados como Ministro de Educación tengan valor de documento, pero, al igual que el resto, con toda seguridad ese valor es exclusivamente regional.

Ensayos 1993-1994, *Santafé de Bogotá: Instituto de Investigaciones Estéticas, Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, 1995, 237 págs.*

El Instituto de Investigaciones Estéticas, fundado en 1979, publica aquí los resultados de su última época de investigaciones. La obra parece ser el inicio de una publicación periódicas, puesto que en página 9 figura el dato «Año I - N.º 1 - 1995»; en tal caso, sin embargo, el título debería limitarse a la palabra *Ensayos*, sin aditamentos cronológicos.

Confianza en que las publicaciones posteriores eliminen esta ligera incongruencia, me limito aquí a mencionar algunos de los artículos contenidos en este número. «En torno a la materialidad de la imagen: representación, presentación, simulación», de Amparo Vega A., es una crítica del concepto de imagen como representación según Cassirer, con recursos a los *Simulacres et simulations* de Jean Baudrillard.

«Modernismo e imagen: hacia una comprensión unificada del movimiento moderno», de Ángel Medina, sostiene que la aparente divergencia de tendencias dentro del modernismo se puede explicar como un «cambio de énfasis en los varios [...] niveles estructurales de la imagen» (43), a saber, imagen simbolista, imagen plástica, imagen contemplativa e imagen visionaria.

En «Tradición, sistematización y belleza en los *Diez libros de la ar-*

quitectura de Vitruvio», Beatriz García Moreno demuestra que, si bien la obra de Vitruvio ha sido criticada muchas veces por su falta de sistematización, es posible hallar una sistematización importante de sus conceptos fundamentales.

«La obra artística de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada en el siglo XVII, 1783-1816», de Marta Fajardo de Rueda, es un trabajo sumamente informativo y bien documentado sobre el aspecto artístico de esa importante expedición dirigida por José Celestino Mutis.

Ivonne Pini, en «Propuestas multiculturales en la plástica cubana de los 80», estudia cinco artistas cubanos (Ana Mendieta, Juan F. Elso, José Bedia, Marta M. Pérez y Ricardo Rodríguez Brey), la mayoría de los cuales actualmente vive fuera de Cuba.

En sus «Anotaciones a la saga del romancero religioso en Colombia», Susana Friedmann aborda musicológicamente la tradición oral de Barbacoas, Nariño, una población negra situada en las tierras bajas del Pacífico colombiano; lo curioso de esta tradición es la presencia de romances en ella, género originariamente ajeno a la población negra de dicha zona.

Importante remate es la transcripción de un documento hasta ahora inédito: la «Instrucción general para los gremios», emanada en 1777 en Bogotá para regular el trabajo artesanal. Como la finalidad del Instituto de Investigaciones Estéticas es el estudio no sólo de teorías